

Cultivar el don recibido: la vocación

Carlos Rodríguez Arana, s.j.

La vocación no es algo adquirido de manera definitiva, como toda experiencia de Dios, puede intensificarse o puede debilitarse, e incluso perderse.

¿Cómo vivimos nuestra vocación de jesuitas, sobre todo, en los aspectos más "religiosos" de ella, pobreza, castidad, obediencia? Nuestro estilo de vida, ¿es el más adecuado? ¿Estamos a gusto con nuestra identidad religiosa? ¿Cómo vivimos en el mundo sin ser de él, sin dejarnos seducir por sus encantos que nos desvían de lo que realmente queremos?

A veces, siento que nos falta "espíritu". Es verdad que llegan momentos en nuestra vida en los que entramos en crisis y la vocación como que deja de decirnos, de ser lo que era, el "primer amor", lo máspreciado de nuestras vidas.

¿A qué se debe que tengamos este tipo de sentimientos? ¿Qué nos ocurre para que en un momento dado, entremos en crisis, perdamos el sentido de lo que nos dio todo el sentido en la vida?

Las crisis

El factor clave, a mi modo de ver, de estas crisis está en la pérdida de sentido de la vocación. No es algo que le ocurra a todo el mundo. Pero sí es un fenómeno sentido por algunos. Llegan un

momento, más tarde o más temprano, en que uno se cuestiona el por qué de este modo tan peculiar de vivir, tan alejado y extraño a lo que vive todo el mundo. Ese modo que a uno le propusieron y del que se enamoró y del que con el tiempo y casi imperceptiblemente, se ha ido saliendo, tornándosele ajeno.

Cuando nos sentimos así la tentación es llegarse a creer que uno no está tan mal como está, que todo marcha casi como si nada hubiera pasado y de esa manera se va saliendo más y más del camino emprendido. Cuando se experimenta que uno no vive lo que quería vivir es cuando los cuestionamientos aparecen violentamente y se hacen un grito dentro. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué me metí en este lío? ¿Qué se me ha perdido entre esta gente que dice vivir algo, pero que en realidad, como me pasa a mí, eso que dicen vivir no lo viven?

Estar en el mundo sin ser del mundo

Vivir la vocación a la Compañía, ser religioso hoy, es algo retante. Es estar en el mundo sin ser del mundo (Jn 15, 16-24). Es nadar contracorriente. Es ir por "otros" caminos, caminos que muy pocos se atreven siquiera a entrever. Es ser contraculturales, eso que tanto repetimos, pero que nos resulta molesto aplicar, porque supone búsquedas, riesgos, novedades que nos llevan a atemorizarnos a desinstalarnos.

Lo "normal", lo que a uno le atrae, es ir por donde todo el mundo va. Eso es lo que nos meten por todos los sentidos los medios de comunicación, la cultura ambiente. Ser como todos, consumir al máximo, dar gusto al cuerpo, seguir sus pulsaciones, apasionarse con sus pasiones. Eso es lo que llena, nos dicen. Sin embargo, paradójicamente, las dosis de vacío, de desencanto, de insatisfacción que se padecen en nuestro mundo son masivas. Nos da miedo mirar el rostro triste, decepcionado, doloroso del mundo que nos rodea. Preferimos mirarnos en los slogans publicitarios, en esa felicidad fácil que aparece en ellos. Ahí nunca aparece la insatisfacción de una vida egoísta, encerrada sobre sí misma que es la que nos venden, el vacío que reside en el que sólo busca la felicidad en el tener más y más cosas para llenarse y nunca se siente pleno, el daño que produce el alcohol, los desastres de la droga.

La vocación a la Compañía de Jesús

Vivir la vocación a la Compañía, a la vida religiosa, es entrar en el mundo del Evangelio, en el mundo de Jesús y su proyecto. Y eso no se hace visible así nomás. Tenemos que vivir su realidad honda, alegre, profunda, buscando cómo hacerlo; cómo expresarlo, cómo darle cabida libre y gozosa dentro de nuestra vida cotidiana.

Para Iñigo la cosa era clara, consistía en vivir "a la apostólica". Y ¡cuánto luchó por ello! por hacerse pobre, por vestirse de la vestidura y librea de nuestro Señor, por más parecerse a él e imitarle [Const. 101].

Vivir la vocación de la Compañía a la vida religiosa, es entrar en el mundo del Evangelio, en el mundo de Jesús y su proyecto.

Es cierto que los tiempos han cambiado. Sin embargo, persistimos en ser pobres y nuestra pobreza la juzgamos como algo liberador, algo que nos dispensa de ataduras inútiles, de preocupaciones.

Decimos y no vivimos, ahí radica el problema. Nuestro estilo de vida, con frecuencia, no es el de las familias pobres sino más bien el de las de condición alta, separados, entonces del pueblo al que, sobre todo, nos debemos.

La felicidad en la Compañía

Los tiempos han cambiado. Y, a mi modo de ver, han cambiado para bien. Hemos dejado de lado un dualismo que nos rompía por dentro. Somos una realidad, somos humanos, hombres entre los hombres y mujeres que nos rodean. Nuestro cuerpo es bueno, creado por Dios, amable. Es un cuerpo espiritual o un espíritu corpóreo. Es vida y vida que desea alegría, placer, plenitud, felicidad. Todo lo cual es también bueno, regalo de Dios, pues él nos quiere felices, completos, llenos.

Durante tiempo hemos tenido una especie de mala conciencia por ser felices. Hemos sentido como que el placer era algo medio prohibido por Dios, algo malo, producto del "demonio" y "tentación" que nos desvía de los planes de Dios.

Pero, todavía los jesuitas, en general, no nos llevamos muy bien con nuestros cuerpos, ni con la felicidad, ni con el placer... Parece que la influencia griega nos sigue jugando malas pasadas. Seguimos de

alguna manera, viviendo escindidos. La felicidad, el placer, el goce nos siguen resultando peligrosos para nuestro proyecto de vida. Sin embargo, los deseamos porque están inscritos en nuestra naturaleza. Buscamos desde lo más hondo de nuestro ser sentirnos bien, a gusto, satisfechos, alegres.

Nos gusta el placer de la comida y de la bebida, del sueño y de la vigilia, de la música y el baile, del cariño de los que nos rodean. Sentimos que estamos hechos para amar y ser amados; para dar y recibir, para experimentar las riquezas de nuestro mundo sexo-afectivo, unas riquezas que son casi inextinguibles...

La verdad es que poseemos una gran riqueza, como imágenes de Dios que somos, misteriosos, ricos, llenos de posibilidades de amar, de crear, de proyectar, de soñar... Somos un mundo lleno de potencialidades de una gama cuasi infinita. Y así fuimos creados por Dios. No podemos ser de otro modo, así nos creó Dios, "y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno" (Gn 1, 26-31).

Jesús, nuestro modelo

Jesús vivió una humanidad feliz. Fue un bienaventurado. Cuando nos habla de la felicidad lo hace "con ganas", poéticamente, con una frescura y una libertad absolutas. Fue libre, alegre, espontáneo, sencillo. Su estilo de vida, el que eligió vivir, porque así lo quiso y porque así sintió que era la voluntad del Padre, fue un estilo "contracultural". Lo mismo que decimos querer nosotros. Sí, él iba contracorriente. Fue pobre y amigo de los pobres, sus compañeros. Su gran pasión fue vivir a la escucha del Padre. Ese era su alimento, su manjar (Jn 4, 27-38).

Y el Padre, así lo sentía él, le quería feliz, alegre, bienaventurado (Mt 6, 19-34). Y alegre y feliz echando su suerte con la de los desposeídos, poniéndose a su altura, tratando con ellos, interesándose por sus cosas, defendiendo su religiosidad y sus costumbres y oponiéndose a que abusaran de ellos los más sabios y pudientes, los hombres religiosos.

Jesús no nos da casi ninguna explicación del por qué vivió sin esposa, sin hijos y sin familia. Quiso inaugurar un estilo nuevo de familia, un tanto subversivo de los valores tradicionales de ayer y hoy: su familia es la que vive buscando agradar a Dios, hacer su voluntad,

realizar su proyecto de salvación para todos. Sus padres, sus hermanos, sus parientes son esos, los que buscan lo que agrada a Dios, al Padre (Mc 3, 31-35).

El celibato tiene su razón de ser en ese vivir la nueva familia con otros, como Jesús, que quieren juntarse para vivir así. Es la razón de ser de nuestra vocación célibe. Hacer que nuestra vida esté cogida, tomada por los intereses de Dios. Estar invadidos, inundados de Dios y de su voluntad. Esa es nuestra vocación. Es lo que vivió Jesús.

Jesús, del que queremos ser compañeros, supo vivir bien. Amaba la amistad. Por donde iba se hacía de amigos y amigas a quienes quería entrañablemente (Lc 8, 1-3; Jn 11...). Con ellos comía ricos higos y uvas, disfrutaba de su conversación, rociaba sus comidas con buen vino. Los banquetes le resultaban divertidos y alegres (Mc 2, 13-17; Lc 7, 36-50; Lc 14, 1-14; Lc 19, 1-10; Jn 2, 1-12; Jn 12, 1-11).

Algunos no comprendieron, sobre todo los fariseos y levitas, cómo podía juntarse y hacerse de amigos de mala nota, comer y beber con ellos (Mc 2, 13-17; Lc 7, 36-50; Jn 2, 1-12...). No les cuadraba que un hombre tan singular tuviera costumbre tan "peregrinas" (Lc 15, 1-2).

Pero, él defendió su actuar. No lo hacía ingenuamente. Lo hacía porque era lo que Dios le pedía. Y era feliz haciéndolo. Lo mismo que llevando una vida del lado de los demás despreciados y pobres de la sociedad. También sentía que eso era lo que Dios le pedía y al mismo tiempo, sentía que con ellos estaba más a gusto que con nadie (Mt 11, 25-30). No tener nada le hacía sentirse más libre, más él mismo. Se libraba así del peligro de que le confundieran con sus haberes, cosa que les suele ocurrir a los que mucho tienen.

Jesús, fue algo distintivo de su vida, se rodeó de gente como él, sencilla, bondadosa y con ellos propuso hacer algo, construir lo que experimentaba era voluntad de Dios. Quería que todos vivieran como hermanos, que todos repartieran lo que tenían, que no hubiera sino una familia, un solo Señor. Fracasó. Lo asesinaron. Pero, su Padre lo resucitó. Hizo que sus amigos siguieran su proyecto (Hech 2, 42-47).

Nuestra identidad de jesuitas

Jesús es el corazón de nuestra identidad de jesuitas, lo que Ignacio nos legó con más cariño y seguridad: ser de Jesús: Cuando eso falta, nos quedamos vacíos por dentro.

Entre los que llamó para seguirle nos encontramos nosotros, con Iñigo y sus compañeros, a cientos de años y miles de kilómetros y de experiencias distintas. Pero, estamos con Jesús. Queremos hacer o seguir haciendo lo que él comenzó. En ello estamos.

Nos preparamos. Nos entusiasmos ante la invitación que nos hizo una vez y nos sigue haciendo día a día.

Sabemos que ser jesuitas es militar bajo el estandarte de la cruz, es estar presentes en las encrucijadas de nuestro tiempo y en ellas promover la justicia y propagar la fe en un mundo pluricultural.

No tenemos estructuras fijas. No se nos dejó hábito, ni oración común, ni ninguna otra regla en lo espiritual que la "caridad discreta". Lo que Ignacio nos deja es a Jesús y su proyecto: tenerlo al centro de nuestra vida, de nuestra experiencia, de nuestros ideales.

Ordenar el estilo de vida

Pero, a veces, nos sentimos desorientados. Perdemos el norte. ¿Por qué? Se nos desdibuja el llamamiento. La tarea es reencontrarlo, volver sobre nuestros pasos, preguntarnos por aquello que nos dio tanta felicidad y alegría y que de pronto sentimos como que se nos diluyó. Porque, si un día, con tristeza, sentimos que no hacemos nada donde estamos, que podríamos vivir igual estando fuera, algo grave nos está ocurriendo.

¿A qué se puede deber? ¿Por qué llegamos al desánimo? El celibato, la pobreza, la identificación radical con Jesús, si no se viven obedientemente, con gozo y paz, dejan de percibirse como dones y se convierten en cargas pesadas. El llamado es personal. "No me eligieron Uds. fui yo quien les elegí" (Jn 15, 16). Jesús nunca obliga. Invita. Seduce. Su proyecto está lleno de misterio y fascinación. Si se pierde esa dimensión, el sentido se esfuma.

Lo que implica el seguimiento

Ser de Jesús implica vivir en su séquito, moldearnos a lo que él es y quiere. Y eso es lo que se nos escapa a veces. Sin darnos cuenta. El espíritu del mundo tiende a llevarnos imperceptiblemente a separarnos de ese amor radical capaz de dejarlo todo, de venderlo todo por él,

sabiendo que en él está toda nuestra felicidad. El Mal Espíritu nos conoce bien [327], porque es nuestro egoísmo, nuestra vanidad, son nuestros deseos de ser más... y nos lleva, sin darnos cuenta, con "sutilezas y asiduas falacias" [329], a dejar lo que tanto tiempo hemos anhelado y querido y por lo que tanto luchamos.

La intención del Mal Espíritu es conocida. Hacernos desistir del camino emprendido, llevarnos por donde nuestro propio amor, querer e interés pidan, vivir según los deseos de la carne que siempre militan contra los del Espíritu. Es vital descubrir a tiempo la intención del maligno. Oponerse a sus perversos proyectos. Para ello, se necesita vivir en un permanente éxodo de nosotros mismos, salir de nuestro propio amor, querer e interés. Que es lo mismo que ser personas abnegadas, mortificadas, que hacen la guerra a sus pasiones desordenadas y que se dejan llevar por su pasión más querida, el amor desbordante a Dios y al prójimo. Así de simple y así de complicado al mismo tiempo...

Nuestra vocación

En nuestra vida de jesuitas ¿qué implica esto? Es algo que debemos encontrar. No es cosa que se alcance de una sola vez por todas. El Mal Espíritu conoce mucho de disfraces y máscaras. El discernimiento es el arma con la que Ignacio nos favoreció como jesuitas, es la voz interior del Espíritu que nos tiene que guiar. Se nos invita a discernir personal y comunitariamente sobre el estilo de nuestras vidas, sobre cómo estar con Jesús, viviendo a su aire, a su estilo, haciéndonos, como él, "mansos y humildes de corazón" (Mt 11, 28-30).

La cosa es, entonces, buscar los medios que nos ayuden para vivir como Jesús. Queremos hacerlo. Sin embargo nos olvidamos de algo muy importante como es el examinar y analizar detenidamente lo que nos ayuda y lo que no para ir a la meta a la que queremos llegar.

Y los caminos son siempre los de los amigos de Jesús, el de vivir con los pobres a gusto, el de elegir vestarnos de un modo sencillo, beber lo que a "los religiosos conviene", lo mismo dormir y divertirse.

No lo podemos hacer al estilo de los mundanos. Ahí viene la reforma. Los jesuitas no tenemos horarios fijos, no vivimos uniformados, no tenemos leyes que nos obligan desde fuera, nuestra vida no es conventual,

estamos metidos en el mundo a fondo para desde él llevarlo a la salvación. Es "la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones la que nos ha de ayudar para ello" (Const. 134), es dentro donde late nuestro compromiso. Y ese amor que deseamos vivir lo queremos transparentar en la vida cotidiana. A veces, sin embargo, como que no encontramos el modo de hacerlo y vivirlo.

No es fácil porque nuestro estilo es vivir en el mundo y desde esa vida "mundana" llevar a Jesús, transmitir el gozo del evangelio. Exige esto mucho análisis, mucho estar sobre nosotros mismos...

Ser compañeros de Jesús es buscar día a día nuestra identidad religiosa en este mundo cambiante en que vivimos. Es llevar con nuestro testimonio, con nuestra comunidad la vida de Jesús que se hace presente a través de nuestro servicio desinteresado, de nuestro trabajo compartido, de nuestros ideales de ir construyendo entre todos un mundo en el que se deje ver el amor incondicional de Dios a todos, sin diferencias de culturas, religiones, lenguas... Y es hacerlo en libertad, una libertad responsable. No tenemos un policía detrás. Sí tenemos compañeros, amigos, superiores que están a nuestro lado dispuestos a escucharnos, a ayudarnos a superar nuestras crisis...

[Tomado de «CUADERNOS DE ESPIRITUALIDAD», Perú, 84 (Octubre 1998), 19-26]



DIAKONIA, les desea a usted, a su familia, a su comunidad, grupo, movimiento, iglesia....

¡una feliz navidad y un próspero año nuevo!